

siástica. No debe ser descuidado ninguno de los elementos propios á prestar fuerza al establecimiento de un gobierno, á cuya cabeza se pudiese la Reina madre, en nombre de su hija doña Isabel. Conviene, sobre todo, añadía O'Donnell, estar muy alerta acerca de la disposicion en que se hallan los cuerpos del ejército en los que todavía no tenemos inteligencia; averigüese si están bien pagados y si se hallan descontentos los cumplidos á los que no se ha dado todavía sus licencias. En esta obra no es dudoso que seremos ayudados á pesar suyo por los exaltados.»

Hallábase el gobierno tan receloso de los trabajos de los emigrados, principalmente á causa del auxilio que temía les fuese prestado por el gobierno francés, que hizo sabedor de sus recelos al ministro de Inglaterra en Madrid. Participó este á su gobierno las desconfianzas del Regente, y lord Aberdeen, no obstante lo pronunciada que era su opinion *tory*, se dirigió al gabinete de Paris en el sentido de prevenirlo acerca de las tramas que en su territorio se fraguaban contra el gobierno de una nacion amiga, para la que reclamaba la neutralidad que esperaba no fuese infringida por el gabinete francés.

Pero la rapidez del movimiento insurreccional fué tan general, tan instantánea, que no admitió de parte del gobierno valerse de otros medios de resistencia que de los de fuerza de que pudiese inmediatamente disponer. Mas ¿dónde podía buscarlos, teniendo en frente lanzados á combatirlos, los elementos mas valiosos del partido progresista, y vacilante ya la fidelidad del ejército hacia el caudillo al que habia seguido al efectuarse el pronunciamiento de 1840?

Para colmo de desventura no podia tampoco contar el Regente con tener al frente de las provincias autoridades de prestigio y decididas á obrar con la energía que reclamaban las circunstancias. Los mas importantes distritos militares se hallaban regidos por generales que no tardaron, los mas, en adherirse al torrente popular. Cortinez en Cataluña, Alvarez en Granada, Carratalá en Sevilla, vacilaron, erraron ó no supieron mantener á las tropas en la obediencia, ni sujetas las provincias. Los jefes militares que se mantuvieron fieles al Regente, como Seoane, Zurbano, Carondelet, Ena, ninguno de ellos tuvo el acierto, ni la fortuna de haber siquiera detenido la impetuosa corriente desencadenada contra un poder que se habia levantado en la errónea creencia de que respondía á un sentimiento de interés general, que representaba un partido que tenia detrás de sí la inmensa mayoría de la opinion liberal y que además podia estar seguro de la lealtad del ejército.

Pero mejor que estas anticipadas reflexiones, los sucesos que van á desarrollarse pondrán de manifiesto toda la debilidad de la situacion de que la Regencia era símbolo; embate que se declaró de la manera mas universal y ruidosa á impulso á la vez de los elementos revolucionarios y de los movidos por los opositores á toda clase de régimen liberal.

## CAPITULO II

### Los alzamientos

Actitud de los zaragozanos.—Prim en Cataluña.—Generalato de don Antonio Seoane.—Pronunciamiento de Valencia.—Alzamiento general de las provincias.—Conducta y actos del Regente.—El Regente del reino á la nacion.—El general Serrano y el ministerio universal.

Cuarenta y ocho horas despues de la memorable sesion del Congreso, á la que siguió la disolucion de las Córtes, enarbolóse la bandera que el ministerio Lopez habia proclamado y cuya repudiacion por el Regente arrancó á Olózaga las fatídicas palabras de *Dios salve al país, Dios salve á la Reina*.

La ciudad de Málaga que, como sobradamente es sabido de nuestros lectores, monopolizaba el privilegio de ser la iniciadora de los movimientos de índole insurreccional, alzó su bullicioso pendon, esta vez significado por medio de una exposicion de su ayuntamiento y de su milicia en la que pedia al Regente la caída del gabinete Becerra y la vuelta al poder de Lopez y de sus compañeros. Granada y Almería siguieron el ejemplo de Málaga, señalándose la última de dichas provincias por la explícita declaracion de que continuaria adicta á la Re-

gencia del duque de la Victoria hasta el día 10 de octubre que era el en que terminaba su existencia legal.

El pronunciamiento de Granada fué de carácter mas ambiguo. Pusiéronse á su frente hombres de distintas procedencias. Don Ramon Crooke, progresista muy pronunciado; don Jaime Salamanca, hermano del banquero del mismo apellido; don José Pareja Martos, y don Juan Floran, marqués de Tabuérniga, muy conocido como orador de la Fontana de Oro en 1820, pero cuyas tendencias conservadoras comenzaban á dibujarse. El capitán general del distrito, Alvarez, ausente de la capital, no aprobó el movimiento, y su actitud bastó para atraer á los malagueños, tan prontos á despronunciarse si habia peligros que afrontar como dispuestos á alzar de nuevo su bandera, táctica en la que vieron entonces acompañados por la voluble disposicion del marqués de Torre-Megía, coronel del regimiento de milicias provinciales al que daba nombre la levantisca ciudad, el que habiéndose asociado al prematuro pronunciamiento, volvió á unirse al gobierno para acabar mas tarde por separarse de su obediencia cuando vió perdida la causa del Regente.

Pero las altas y bajas que tuvo el movimiento granadino vacilaron entre levantar pendon por el ministerio Lopez, sin desconocer por ello la autoridad del Regente, y aguardar para declararse abiertamente contra este á que tomase color el desconocimiento de su autoridad á consecuencia de la adhesion de la gran mayoría de las provincias pronunciadas al decreto del titulado ministerio universal, fecha 29 de junio, suscrito por el general Serrano en nombre de aquel centro revolucionario, por el que se declaraba deber cesar el ejercicio de la autoridad legal del Regente.

Los movimientos de Andalucía fueron lentos hasta que afirmada la supremacía de los coligados en Valencia y en Sevilla, los sucesos llegaron á infundir suficiente confianza á las juntas de Málaga, Granada y demás ciudades andaluzas, que acabaron por mostrarse animosas y resueltas á seguir el derrotero mas radicalmente contrario á la situacion simbolizada por la Regencia.

Con una investidura militar mas aparente que efectiva fué designado Van-Halen para sujetar las provincias del Mediodía. No se le dieron fuerzas adecuadas á la empresa, y el espíritu del ejército, principalmente el de la oficialidad y el de los cuerpos facultativos, iba manifestándose tan contrario á lo existente que no llegó Van-Halen á reunir un mediano contingente de artilleros hasta los últimos días del asedio de Sevilla, cuando la autoridad de Espartero era desconocida en la mayor parte del reino. El principal impulso que la insurreccion recibiera debia venirle de las provincias del Noroeste.

Resueltos los coalicionistas á obrar activamente contra el gobierno del Regente desde el momento en que apareció el decreto de disolucion, los mas influyentes y mas osados entre los ex-diputados tomaron el camino de los distritos que habian representado, impacientes por mover á sus amigos á que formasen parte de la cruzada que se hallaban decididos á organizar. Ametller y Bassols se dirigieron á Cataluña, Royo, Las Casas, Benedicto y Borsé á Aragon, con Ortega y Quinto. Otero, Quantes, Prast, Arias de la Torre, Arias Uria, Fernandez Poyal y don Juan Bautista Alonso á Galicia. Portillo á Cuenca, Arrieta á las provincias Vascongadas, don Antonio Collantes á Burgos, Garnica y Uzal á Santander. Olózaga solo consintió en escribir cartas. Madoz fué á Bayona, de donde provisto de fondos marchó á Cataluña á capitanear el movimiento de Lérida.

El malogrado don Jaime Ortega y don Javier Quinto llegaron á Zaragoza presumiendo uno y otro demasiado de su influjo sobre el ánimo de sus paisanos. La milicia de la capital de Aragon era acérrimamente esparterista y lo eran tambien los hermanos Marracos, su compariante Ugarte y los prohombres del partido progresista zaragozano. Por sorpresa y por la natural propension que en aquellos días mostraban las masas populares de las grandes ciudades de provincias á las exageraciones y á dictar leyes á la autoridad, consiguieron Ortega y su acompañante que tuviese lugar una momentánea manifestacion en favor de las aspiraciones de los coligados; pero duró muy poco el engrimiento de los adictos á los dos ex-

diputados. Apercibida que húbese la mayoría de los nacionales de que la manifestacion se dirigia contra Espartero, excítose su indignacion, corrieron á las armas, y muy mal lo hubieran pasado Ortega y Quinto á no haberse apresurado ellos y los mas comprometidos entre sus cooperadores á abandonar la ciudad. Pero quedábales campo en el territorio aragonés y lo explotaron con actividad y decision, no habiendo tenido que esperar mucho tiempo para hacerse en los pueblos con los aliados que no habian hallado en la capital. Aun dentro de la misma Zaragoza no dejaban de tener simpatías, toda vez que unas alocuciones impresas que habian dirigido al pueblo y que presentaban todos los caracteres de libelo incendiario y de excitacion á la revuelta, denunciadas por el ayuntamiento fueron absueltas por el jurado.

Mas diligentes todavía que Ortega y Quinto el coronel don Juan Prim y don Lorenzo Milans alzaban en Reus el 27 de mayo franca é inequívoca bandera de guerra contra el Regente, dando el primer grito que resonó en España en favor de la mayoría de la Reina. Si agresiva y enconada fué la proclama absuelta por el jurado zaragozano, mas apasionada y violenta lo era todavía la lanzada al pueblo catalan por los dos coalicionistas de Reus. En ella trataban al Regente de soldado de fortuna, de aventurero egoísta, y á su ministro Mendizabal, el antes adorado jefe de los progresistas, de intrigante, de embaucador, de dilapidador de los intereses públicos.

Tan diligente y activo como resuelto y audaz, presentóse Prim delante de Tarragona, solícito de entrar en la plaza y hacer que se pronunciasen contando, como bien podia esperar, ser ayudado por los nacionales de la localidad. Pero el comandante general de la provincia Osorio, rechazó las propuestas de Prim, quien tuvo que regresar á Reus sin haber logrado su intento.

En el entre tanto Barcelona aunque no se habia todavía pronunciado, encerraba gérmenes de insurreccion.

Todos los partidos políticos esperaban utilizar la crisis á que habian llegado las cosas públicas. Los progresistas avanzados simpatizaban plenamente con la coalicion; los fabricantes y los operarios fabriles, preocupados por el temor de la introduccion de artefactos ingleses, soliviantaban al pueblo. Los moderados, apercibidos de los trabajos y esperanzas de los generales emigrados, traian en apoyo de la agitacion dueña de los ánimos, el contingente de la respetabilidad de las clases acomodadas. Y la autoridad militar hallábase en manos del general Cortinez, mas cuidadoso de no naufragar en la desencadenada tempestad política cuya gravedad era ya palpable, que de quemar sus naves en obsequio de un régimen que habia concitado el enojo de todos los partidos.

Dejó suficientemente á conocer cuál era el espíritu que animaba la poblacion de la capital de Cataluña un hecho que de por sí solo ponía de manifiesto cuán intensa era la irritacion popular. El general Zurbano á la cabeza de la division de su mando atravesaba la Rambla en marcha para Tarragona, cuando se vió silbado, insultado y hasta amenazado por las turbas que interrumpieron su paso, habiendo tenido el general que tirar de la espada para defenderse, sin que sus soldados se indignasen del mal tratamiento de que su jefe era objeto. Vióse Zurbano en la necesidad de efectuar su salida por otra puerta que la que habia escogido, recibido que hubo aviso de que en aquella direccion recibiría descargas del paisanaje irritado contra el general esparterista.

No tardó el ayuntamiento en tomar parte en el movimiento, y bajo sus auspicios y con la venia del capitán general Cortinez se formó una junta compuesta de moderados y progresistas, la que no tardó en trasladarse al cercano pueblo de Sabadell, vendiendo á Cortinez el obsequio de que lo verificaba á fin de no hacer sombra á su autoridad, pero evidentemente movida por el deseo de obrar con entera libertad y sin dependencia del Capitán general. Pronto vino á confirmar este juicio el título de *junta central* que se apropió la de Sabadell.

Llegado al frente de Reus procuró Zurbano, sin éxito, que se le abrieran sus puertas. Tuvo comunicaciones con Prim que no adelantaron el propósito del general, y fuese orgullo ó falso cálculo, apeló al medio extremo de arrojar bombas y granadas sobre aquella poblacion fabril. Vióse en su conse-

cuencia obligado Prim á evacuar un punto que no contaba con suficiente fuerza para poder defender, y seguido por una reducida columna de nacionales abandonó á Reus.

A su paso para Tarragona habia Zurbano, de acuerdo con el comandante general de la provincia Osorio y con el jefe político Keiser, desarmado la milicia como sospechosa de desafeccion, pero Cortinez, ya en vísperas de declararse abiertamente coligado, hizo salir para Tarragona el vapor *Isabel II* con órdenes para aquellas autoridades de que levantasen el estado de sitio y devolviesen las armas á la milicia. Pedia además el Capitán general que inmediatamente le fuesen enviados los batallones de San Fernando que guarnecian la plaza, tropa que se conservaba adicta al gobierno y con la que contaban el Comandante general y el jefe político para hacer frente al espíritu hostil de la poblacion y de una parte del vecindario. No atreviéndose á negar el cumplimiento debido á las órdenes del Capitán general, las obedecieron, pero temerosos por su propia seguridad abandonaron la plaza y se refugiaron á bordo del vapor portador de las órdenes que acababan de cumplimentar.

No obstante el conocido y ruidoso esparterismo del general don Antonio Seoane, su mando del ejército de Cataluña y Aragon no fué del agrado de los amigos del duque de la Victoria. Se mostró indeciso y flojo al estallar la abortada intencion de Ortega y de Quinto, y nada supo discurrir ni mandar cuando todavía disponia de superiores fuerzas organizadas para haber operado contra los levantados en Cataluña, ni menos supo oponerse á los movimientos de Narvaez, el que desembarcado en Valencia iba á jugar el brillante papel de que seguidamente nos ocuparemos.

De otro error grave acusaron los apologistas de Espartero al excéntrico amigo del Regente. Habia hecho este salir en posta para Barcelona á su ayudante el brigadier Barcáiztegui, portador de instrucciones para el general Cortinez, en quien tenia todavía Espartero plena confianza. Llevaba al mismo tiempo el brigadier especial encargo de estudiar el estado de Cataluña, á fin de traer al gobierno ciertos datos sobre los que poder fundar sus providencias. Pero fué Barcáiztegui detenido por Seoane á pretexto de que él lo podia todo sobre el ánimo de Cortinez de quien no habia por qué dudar; de cuyas resultas detuvo al ayudante del Regente hasta que habiendo arreciado los sucesos, la mision de aquel perdió el interés que ofrecia si hubiese sido evacuada oportunamente.

Pero fijemos preferentemente nuestra atencion sobre los importantes sucesos que con vertiginosa rapidez se consumaban en Valencia y en las provincias del Sudeste. El carácter inquieto de sus naturales no podia permanecer tranquilo al llegar á sus oídos los movimientos de Andalucía y Cataluña.

La autoridad civil regida por un hombre muy enérgico, don Miguel Antonio Camacho, entusiasta por el Regente, y la militar en manos del general Zavala, capitán general del distrito, y que pasaba por íntimo amigo del duque de la Victoria, apaciguaron una primera demostracion intentada por algunos estudiantes el 23 de mayo. Pero aquella calma fué de muy corta duracion. Sujetos notables de la capital se habian puesto de acuerdo para levantar la bandera coalicionista. Pertenecian los mas de ellos á la colectividad de los moderados, otros á la de los progresistas mas ardientes.

Al ver que los grupos de agitadores los formaban en gran parte vecinos de respetabilidad y arraigo, el general Zavala vaciló en ordenar en aquellos momentos cargas de caballería contra grupos hasta entonces inofensivos. Pero excitados estos por el entusiasmo que los animaba y por su creciente número, se atrevieron á mas; lanzáronse gritos de *viva la Reina!* y *abajo los ministros!* Entre los que capitaneaban al pueblo figuraban el abogado Sabater, el demócrata Boix, el progresista Blasco y el veterano de la guerra de la Independencia, el simpático don Vicente Beltran de Lis. Al general Olloqui que se presentó al frente de mitades de caballería en sosten del orden, lo aclamó el pueblo vitoreándole á él y á sus soldados. Hasta aquel momento no se habia perpetrado ningun acto violento, si bien la eferescencia era tan grande que todo podia temerse, si la oleada popular rompía los diques dentro de los que se habia hasta entonces contenido.



Desgraciadamente presentóse en aquellos críticos momentos ante la acalorada muchedumbre el jefe político Camacho, quien llevado de su altivo genio y resuelto á que el movimiento no siguiese adelante, oyó en su derredor voces de ¡muera! mezcladas con vivas á la Reina y al ministerio caído.

El intrépido y desgraciado Camacho se obstina en vituperar á los agresores, de cuyo furor no logran salvarlo los esfuerzos que para resguardar la persona del jefe político hacen Sabater y Beltran de Lis. En aquellos momentos es instantáneamente herido Camacho de arma blanca, vióse correr su sangre y con ello el vértigo se apodera de las turbas embravecidas. Busca el perseguido asilo en la vecina iglesia de Santa Catalina, pero es acosado en el sagrado recinto, donde acaban por darle muerte cruel al pié de un confesonario. Igual suerte y todavía mas odiosa cupo al agente de seguridad Sanchiz, que acompañaba á Camacho; buscó aquel refugio en una casa particular, y desde ella conducido al Hospital, diéronle en él desapiadada muerte, arrastrando su cadáver.

El lúgubre drama habia sido tan rápido que entre su inauguración y la catástrofe apenas medió tiempo para que la fuerza pública, de la que disponia el general Zavala, hubiera podido interponerse. Además, parte de la guarnición apoyaba el movimiento. El comandante don Joaquín Armero arrastró á su regimiento que lo era el de caballería de Leon, á despecho del coronel, y otros cuerpos que tambien vacilaban hallábanse dispuestos á seguir el mismo ejemplo. No quedaba al Capitan general otro partido que tomar que el de acabar de ensangrentar las calles de Valencia, y es de presumir que se hubiese resignado á tan dura necesidad si creyera que podia contar con la fidelidad de las tropas; pero al regimiento de Leon acabó por unirse el de infantería que constituía la principal fuerza de la guarnición, y al mismo tiempo que á semejante conflicto se veía reducido el Capitan general, lo mas escogido de la sociedad de Valencia, hombres acaudalados y de influjo, cercaron á Zavala haciéndole presente que no tenia delante un motin vulgar, sino el levantamiento en masa de la gran mayoría del pueblo de Valencia, con el que ellos mismo hacian causa comun. En lo mas agudo de aquella situación preñada de peligros desembarcaba en el Grao el capitan de navío don Luis Pinzon, quien ya anteriormente habia llevado á Barcelona la noticia de haberse pronunciado Valencia cuando todavía no lo estaba; pero ahora traía Pinzon la nueva verídica de que Barcelona y Tarragona se habian unido á la bandera levantada en las provincias ya declaradas contra el gobierno. Por el mismo conducto recibia Zavala comunicacion del general Cortínez, en la que este expresaba que tenia que ceder á la presion de los catalanes y transigir con el movimiento general.

No aceptaré la responsabilidad moral de absolver ni de censurar al general Zavala por haber cedido. En las circunstancias en que se vió colocado, solo es competente el juicio del jefe militar investido del mando superior, á él únicamente toca apreciar si los medios de que dispone son suficientes para dejar bien puesto el prestigio de la autoridad. Si los tenia Zavala, pudo ser acusado de débil. No contando con ellos, habria sido un acto de mal patrio haber regado de sangre sin fruto alguno las calles de la hermosa Valencia.

Hecha esta salvedad en descargo de nuestra conciencia de historiador, no privaremos á los amigos del bizarro soldado recientemente bajado al lugar del eterno descanso, de lo que en defensa suya escribe su encomiador el señor Pirala.

«Replegó las pocas fuerzas que le quedaban, dice el citado autor, á la plazuela de Santo Domingo, donde rodeado de la oficialidad le dirigió las siguientes palabras: Señores, ninguno de Vds. duda de mi valor. Ayer no veía mas que una asonada que debía ser sofocada. Hoy veo una manifestacion unánime de la voluntad del pueblo á que pertenecemos y contra el cual no debemos esgrimir nuestras armas. Desde este instante he dejado de ser Capitan general.»

Los que rodeaban á Zavala protestaron que continuaban reconociéndole como á su jefe; temperamento que no podia tener cabida, toda vez que al renunciar á luchar contra el pueblo no se ponía el general de parte de este, como lo hizo su segundo en el mando, Olloqui.

Zavala salió oscuramente de Valencia y tuvo que resignarse á ser motejado de vacilante y de débil por los esparteristas acérrimos, sin dejar por ello de ser mirado con desconfianza por los pronunciados.

El coronel O'Lawlor con el batallon de Navarra que mandaba, el Sr. Inestal y el capitan Menduñá, ayudante de Zavala, llevados de su adhesion al Regente fueron á unirse al general Ena que bloqueaba á Teruel contra los pronunciados.

La coalicion victoriosa en Valencia sin haber tenido que combatir de otra manera que bañándose en la sangre de Camacho y de sus agentes, los que no eran reos de otro delito que el de cumplir con su deber, trató de organizarse nombrando una junta que se llamó de salvacion, auxiliada por otra titulada de armamento y defensa, Compañase la primera de los señores Beltran de Lis, Pujalts, Ansaldo, Mugartegui, Mateu-Garin, Bernal, Magaz, y en calidad de secretarios don Juan Fiol y don Vicente Boix. Confió la junta su presidencia á don Joaquín Armero que fué el verdadero *Deus ex machina* en la defeccion de las tropas, y designó para Capitan general á don Casimiro Valdés, aunque en realidad Armero y su junta dirigian los asuntos militares al mismo tiempo que los civiles.

Alicante imitó á Valencia dos dias despues del alzamiento de esta última capital, no obstante los esfuerzos que para impedirlo hizo su jefe político don Andrés Visedo. Pudo mas en el ánimo del pueblo alicantino la presencia del brigadier Schely, reputado jefe de caballería, no habiendo contribuido poco al resultado la cooperacion del comandante general de la provincia don Manuel Lasala, capitulado de Vergara.

Al pronunciamiento de Alicante siguió el de Cartagena, movida al efecto por el brigadier don Blas Requena y por el coronel Ros de Olano. Comunicóse seguidamente la chispa eléctrica que invadia la atmósfera política á la vecina ciudad de Murcia. Juntáronse en ella para efectuar el alzamiento sobre quinientos hombres entre paisanos, nacionales y carabineros, que hubieron de ceder cercados que se vieron en la plaza de San Bartolomé y en el convento de la Trinidad por el marqués de Camacho, jefe de la milicia local. Hizo este publicar la ley marcial y atacó con tanto vigor á los alzados, que tuvieron estos que evacuar la ciudad. Corto fué sin embargo el triunfo del marqués, obligado á su vez á ceder el campo á una fuerte columna de pronunciados procedente de Alicante y Cartagena, mandada por don Tadeo Solikawki, oficial polaco al servicio de España. Camacho, seguido por doscientos nacionales, se encaminó á Albacete, desde donde pasó á unirse á la division Ena con la que hizo posteriormente su entrada en Madrid, en cuya defensa tomó parte la expedicion murciana.

Otro de los generales que permanecieron fieles al Regente, el baron de Carondelet, de cuya actitud queda hecho anteriormente mérito, sufrió otro descalabro análogo al experimentado por el marqués de Camacho. Mandaba aquel en el campo de Gibraltar y se proponia sujetar á Málaga y la Serranía de Ronda, pero vióse abandonado por el brigadier Ordoñez, que se habia mostrado adicto al Regente antes de que los alzamientos contra su autoridad hubiesen tomado incremento. Ordoñez declarado por los coligados decidió á los pueblos de la Serranía á que se uniesen á su bandera, y Carondelet, como lo habia hecho Zavala, cedió el campo á los insurrectos buscando refugio en Cádiz que continuó adicto al Regente.

Las provincias de Galicia siguieron una conducta equívoca. El capitan general Cambano se pronunció abiertamente, pero la Coruña, Vigo y otras importantes poblaciones, aclamaron la amnistía y la vuelta á la política seguida por el ministerio Lopez, al mismo tiempo que no desconocian la autoridad del Regente, aunque limitando su duracion al plazo legal fijado para el 10 de octubre.

El alzamiento de Cuenca preparado por el arcediano de Huete, don Manuel Lopez Santaella, acercaba la insurreccion en direccion de Madrid, y pocos dias despues, el 24 de junio, Valladolid alzaba pendon en sosten de los coligados.

Utilizaron los de Castilla el nombre y el influjo de don Agustín Silvela, magistrado de aquella audiencia, para la organizacion de la junta que crearon, pero quien principalmente dió impulso al movimiento, del que acabó por apoderarse, lo

fué el general don Francisco Javier Azpiroz, quien logró que se le unieran varios batallones del ejército con los que formó una respetable division, habiendo tocado á este general desempeñar un papel muy principal en la toma y posesion de Madrid por Narvaez, al que todavia no hemos presentado en escena, pero á cuya incomparable actividad y aptitud para el mando, estaba reservado ser la primera figura en el cambio que iba á experimentar la situacion de España.

La no interrumpida serie de levantamientos que tuvieron lugar desde la memorable sesion del 20 de mayo del disuelto Congreso en la que Olózaga tremoló el oriflama de la coalicion, simbolizado en las palabras de *Dios salve al país, Dios salve á la Reina*, acabó por hacer salir al Regente de la inaccion en que habia permanecido hasta el 13 de junio. Impulsos, no obstante, habia mostrado el veterano guerrero de haberse puesto al frente de las tropas que le permanecian fieles en la esperanza de reanimar con su presencia en las filas el amortiguado espíritu público, que su solo nombre enardecia en época todavia cercana.

Pero los ministros Gomez Becerra y Cueto no opinaban por que el Regente saliese de la capital, y por otra parte Mendizabal fiaba demasiado en el éxito de sus medidas administrativas, favorables aunque solo de nombre al alivio de las cargas del contribuyente. ¡Cálculos erróneos, esperanzas vanas eran las del Regente y de sus ministros! Desde que no vivia el primero entre los soldados habian estos cesado de ser sus compañeros de todos los dias y habian echado al olvido al afortunado caudillo que solia electrizarlos en presencia del enemigo.

La mayoría de la oficialidad de los cuerpos abrigaba mas simpatías hácia los generales emigrados y hácia un régimen autoritario que las que podia tener con la populachera política de los progresistas, y muy particularmente el Estado mayor y los cuerpos facultativos se inclinaban decididamente en favor de los moderados, como no tardó en evidenciarlo la frecuencia con que á Seoane, á Van-Halen y al mismo Regente una vez que se decidió á salir á campaña se les presentaban á docenas y aun á centenares peticiones de licencias absolutas por oficiales que, cuando no se proponian unirse á los coligados, suficientemente significaban que no querian combatir contra ellos.

Pero las circunstancias arreciaban, y Espartero no tuvo la prudencia de ceder á tiempo, descuidando lo que del gobierno dependia haber hecho para deslindar los campos, cuando entre los pronunciados los hubo que al combatir al gabinete Becerra y aclamar al de Lopez, protestaron no querer separarse del Regente, cuya autoridad reconocian como la única legal hasta el 10 de octubre, al paso que otros pronunciados, como los de Reus y la junta de Sabadell, alzaron el pendon de la inmediata mayoría de la Reina. Entre aquellas dos banderas, no debió el duque de la Victoria haber vacilado en aceptar la que no lo rechazaba, procurando con esta conducta, cual era verosímil lo hubiese conseguido, atraer á los que todavia flotaban indecisos ó poco resueltos, y adquirido los medios de haber hecho frente á Prim y á los que seguian su enseña, así como tambien á los emigrados de octubre, con los que la interposicion de un rio de noble sangre impedia que la Regencia se reconciliase.

Descartado este procedimiento, no quedaba al duque de la Victoria otro recurso que el de darse por vencido, deponiendo su combatida autoridad, ó de lo contrario salir á campaña teniendo todas las probabilidades en contra suya. Este fué sin embargo el tardío y desesperado partido que el Regente se decidió á adoptar. Escogia una actitud que lo era exclusivamente de fuerza cuando no conservaba sino las apariencias de ella. La mayoría de las provincias le negaba su obediencia y las tropas que las guarnecian se iban afiliando á la bandera de sus adversarios, al mismo tiempo que palpables síntomas de defeccion se manifestaban hasta en los cuerpos que aun permanecian aparentemente fieles al Regente. Reducido á tan ingrata condicion, sus ministros y sus aliados le hicieron creer que su voz seria bastante poderosa para suplir con estudiadas frases á su perdida popularidad y á sus fuerzas organizadas, y le presentaron á firmar un manifiesto á la nacion

TOMO VI.

que mas bien que el vigoroso arranque de un caudillo cuyo prestigio estuviese intacto, parecia el alegato de un acusado ante prevenidos jueces. Si hubiésemos de consultar tan solamente el significado, el mérito intrínseco del documento, podríamos excusar su reproduccion, pero su importancia como dato histórico y la circunstancia de que nada habria que decir acerca de los actos del hombre que nada hizo de aquello que de su grandeza debia esperarse, exigen de nuestra imparcialidad hacer mérito de la lamentatoria apologia con que don Baldomero Espartero cerró una mision superior á las dotes que sin consultar su aptitud ni las condiciones en que el país se hallaba lo llevaron á aceptar el cargo de jefe supremo del Estado.

No hemos escaseado en el desempeño de nuestro trabajo y de ello apelamos á la conciencia de nuestros lectores, los merecidos elogios á que tenia derecho el bizarro soldado, el honrado patrio, el liberal probado que tanto se creció en el curso de la guerra civil. Mas cuando habia llegado al apogeo de su gloria y cuando tan fácil le habria sido llenar el papel de guardador de las instituciones y de moderador de los partidos, de cuyas pasiones hacia gala de que no participaba, se decidió por ponerse al frente de uno de ellos, el que mas difícil era de dirigir, interponiendo en setiembre de 1840 su espada vencedora en medio de la lid política empeñada entre conservadores y progresistas, sin apercibirse de que tal vez sin quererlo parodiaba el papel del desleal guerrero que en la trágica escena del castillo de Montiel dió á don Enrique de Trastámara la corona que arrabataba á su hermano don Pedro, afectando una imparcialidad que en sus hechos desmentia.

A los que opinen que juzgamos con severidad al esclarecido compatriota á quien abandonaba la próspera estrella que tan ancho campo le habia allanado, les recomendamos que vuelvan á leer nuestro relato de las campañas de Espartero como general divisionario y mas tarde como general en jefe, y seguramente no podrian señalar un general sobre el que mas triunfos y mas aplausos se haya complacido en acumular nuestra pobre pero honrada pluma. Al defensor del rígido juez de los chapelgorris fusilados en Gonecha, al escritor queapuró todos los recursos del lenguaje para enaltecer al vencedor de la honra del ejército manchada por los asesinos de Ceballos Escalera y Sarsfield, no puede con justicia acusársele de hostil hácia la fama del hombre á quien puso en lo que tenia de noble, de valiente y de honrado al nivel de las mas altas celebridades de la historia antigua y moderna. Pero al tener que dar cuenta de la caída del célebre caudillo y que señalar las causas que la produjeron, no podíamos, sin faltar al público y sin posponer los arduos deberes de historiador, ocultar las circunstancias que, disminuyendo las glorias de Espartero, mermaron las de la patria.

Hé aquí el alegato que en defensa de la situacion á que condujeron al Regente sus indiscretos amigos y sus obsecados consejeros pusieron en boca del duque de la Victoria.

#### *El Regente del reino á la nacion*

Espanoles: Cuando con tanto afan se desfiguran y ennegrecen mi conducta y mis intenciones; cuando se ve amenazada de tantos males la patria, por la seduccion, por los errores que difunden sus numerosos enemigos, ¿guardaré por mas tiempo el silencio? ¿No es deber mio levantar mi voz y oponer simples hechos á los tiros alevosos que contra mí asesta la calumnia? Con este deber, aunque penoso, cumpliré, españoles; penoso, aunque sienta como siempre la satisfaccion de hablar á mis conciudadanos.

No necesito recordar los memorables acontecimientos cuyo desenlace me ha elevado al puesto que hoy ocupo. Recientes se hallan en la memoria los solemnes debates que en el seno de ambos cuerpos colegisladores precedieron al nombramiento de persona ó personas que debian ejercer la Regencia de este reino, vacante por la renuncia de la Reina madre. Admiró España, y no pudo menos de admirar el orbe culto, la imponente calma, la solemne majestad con que las Cortes proclamaron mi nombre para tan excelso puesto, y aun puede sonar en los oidos el juramento que pronuncié en su seno